



**Discurso del Presidente Federal, Joachim Gauck
con ocasión de la recepción de Año Nuevo
ofrecida al Cuerpo Diplomático
el 12 de enero de 2017
en el Palacio de Bellevue**

Me complace tener ocasión de saludarles a ustedes aquí ya en los primeros días del nuevo año. La recepción de Año Nuevo, como también las demás reuniones anuales con el Cuerpo Diplomático, forma parte de las tradiciones agradables que conlleva el cargo de Presidente Federal. Guardo muy grato recuerdo de nuestros encuentros, como por ejemplo las acreditadas excursiones comunes – recuerden que el año pasado estuvimos en el Sarre–, y asimismo de las conversaciones mantenidas con ustedes y que me han brindado un amplio abanico de elementos de reflexión durante los cinco años de mi mandato, por lo cual estoy agradecido.

Miro alrededor y veo la diversidad de los países que ustedes representan. Hoy en día vivimos esta diversidad. En nuestro país y también en Europa. En nuestros centros urbanos y en nuestras capitales resulta habitual ver a personas con distintos colores de piel, distintos idiomas y religiones, costumbres y culturas. Y apreciamos este enriquecimiento. Para muchos jóvenes forma parte de su proyecto de vida estudiar, trabajar, reunir experiencias y dejarse inspirar en el extranjero, así como yo también me he dejado inspirar durante los encuentros con ustedes y en mis viajes. Durante el pasado año, mis viajes me han llevado no solamente a los países europeos socios con los que estoy familiarizado, sino también a lugares para mí muy remotos en Nigeria, Malí, Chile, Uruguay, China y Japón.

A quien haya podido hacer esta experiencia le resulta fácil, o al menos más fácil, buscar y a menudo también descubrir en la diversidad y singularidad de los países, las personas y las culturas los puntos comunes y aquello que les une. Aprende a valorar lo ajeno y – así lo he vivido yo– a ver y respetar lo propio de una forma nueva e igualmente provechosa.

Quisiera hacer hincapié en ello también porque tengo la impresión de que muchas reacciones que se han visto y experimentado durante el año pasado en relación con la afluencia de refugiados, incluso aquí en Alemania, tienen su origen en el miedo a la alienación y al desarraigo. Lo que muchos consideran un enriquecimiento, a saber, el encuentro con otras culturas en el propio país, es considerado por otros en cambio como una amenaza para la propia identidad cultural.

El miedo es un sentimiento. Enfrentarse a él con el reproche de la irracionalidad suele ayudar poco. Y al fin y al cabo los retos a los que hemos tenido que enfrentarnos a lo largo de los últimos años bien han podido generar asimismo inquietudes. El terrorismo, que nos ha golpeado en muchos lugares del mundo y ahora también en nuestro propio país, apunta a nuestros valores, a nuestro modo de vida. Los efectos de lo ocurrido por ejemplo aquí en Berlín antes de la Navidad se harán sentir durante largo tiempo. Echaremos de menos a las víctimas del atentado, visitantes inocentes de un mercadillo navideño. Pero de algo estoy seguro: el asesino no ha logrado lo que pretendía. Porque, en tanto que demócratas y en tanto que alemanes, nuestra cohesión no se debilita, sino que se intensifica cuando nos atacan.

Percibimos las réplicas del terrorismo y de las convulsiones políticas prácticamente en todo el mundo, y ninguna frontera, por protegida que esté, podría mantenernos enteramente a salvo. Y precisamente por esa razón tendremos que cooperar para superar estas crisis. Estoy convencido de que, si alcanzamos a cooperar, lograremos los resultados que necesitamos para hacer frente al miedo de mucha gente.

La Cumbre sobre Refugiados celebrada en Nueva York ha fijado la agenda para estos esfuerzos comunes. Hemos de redoblar nuestros esfuerzos para combatir juntos las causas que originan el éxodo, para prevenir las crisis y los conflictos y, finalmente, para velar por la integración de las personas que buscan refugio huyendo de la guerra y del terror. La Unión Europea tampoco podrá prescindir en el futuro de un control más estricto de sus fronteras exteriores. Son éstas tareas enormes que ningún país podría asumir por sí solo. Sobre todo en estos tiempos, en los que en algunos lugares se pone en tela de juicio el orden mundial basado en el derecho internacional, estamos llamados a reafirmar dicho orden y asimismo a fortalecer las instituciones tales como las Naciones Unidas, de las que disponemos para responder a las crisis globales. No nos resignaremos a la impotencia ante la violencia que reina en tantos lugares del mundo, sea en la región oriental de Ucrania, o en el Yemen, en Sudán del Sur y sobre todo en Siria, por mencionar solo unos pocos ejemplos. Y no cederemos al terrorismo, que el año pasado y lamentablemente ya de nuevo en este año se ha cobrado de la forma más brutal muchas vidas humanas, por ejemplo en Bélgica, en Francia, en Turquía, en Nigeria o también en Irak.

Como las Naciones Unidas, para mí la Unión Europea también forma parte de las instituciones que asumen responsabilidad a nivel internacional. Para reconocer cuán valiosa e imprescindible es la Unión Europea, deberíamos recordar que durante décadas la unificación de Europa no fue sino una mera esperanza de paz y de entendimiento. En marzo próximo se cumplirá el sexagésimo aniversario de la firma de los Tratados de Roma. Hace diez años, en el quincuagésimo aniversario, los Estados miembros firmaron la Declaración de Berlín, con la que manifestaron su compromiso con los valores comunes: la paz y la libertad, la democracia y el Estado de Derecho. Además se comprometieron a hacer todo lo posible para que los conflictos del mundo se resuelvan de forma pacífica y que los seres humanos no sean víctimas de la guerra, el terrorismo y la violencia. Es una promesa que los europeos deberán cumplir.

Uno de los encuentros más impactantes del año pasado fue para mí la reunión con representantes de la organización humanitaria Cascos Blancos, premiada en diciembre con el "Nobel alternativo". Fueron sastres, panaderos, maestros, representantes de los oficios más diversos quienes arriesgaron su propia vida para salvar la de otras personas. Estas personas no tienen una agenda política, no reparan en afiliaciones religiosas o partidarias, y sin embargo, salvando vidas humanas, salvan mucho más: salvan a la humanidad. Su labor nos demuestra que ningún odio es lo suficientemente grande como para destruir completamente la cohesión entre nosotros los seres humanos. Es también el ejemplo de estas personas el que nos obliga a no caer en la resignación.

También existen señales alentadoras de que una diplomacia perseverante, discreta, de largo aliento, al final también puede acabar con prolongados conflictos: entre Estados Unidos y Cuba por ejemplo ha concluido un período de silencio que duró décadas; en Colombia se ha puesto fin a un conflicto armado igualmente prolongado y que se cobró infinidad de víctimas.

No debemos dejarnos vencer por el miedo ni intimidar por el terror. Confiemos pues en los recursos de la diplomacia. Consolidemos el imperio de la ley y la cohesión de la comunidad internacional y preservemos esa comunidad.

Reteniendo estos conceptos, les deseo a ustedes y a sus familias un año 2017 pleno de felicidad y de éxito.